

La Feria de Arreola en los apuntes de Vicente Preciado Zacarías

Adolfo Castañón

Compuesta de doscientos ochenta y ocho fragmentos narrativos de variable extensión (desde una línea hasta ocho o nueve cuartillas), *La feria* (1963) fue la única novela publicada por Juan José Arreola. La hizo editar a los cincuenta y cinco años, en plena madurez, en México por la editorial Joaquín Mortiz en su Colección El Volador, adornada por otras tantas viñetas del pintor y diseñador Vicente Rojo. Novela coral —sugiere Saúl Yurkievich— *La feria* desarrolla una “idea de simultaneidad” que, al decir del autor, encuentra antecedentes directos en la novela corta *El aplazamiento* (1946) de Jean-Paul Sartre¹ y en *Contrapunto* (1928) de Aldous Huxley.²

Los “vastos y lentos remolinos” (Sartre) de la historia de Zapotlán el Grande se despliegan y alternan con ritmo casi musical a lo largo de los doscientos ochenta y ocho fragmentos que la componen. Como si fuese un juego de naipes marcado por distintas familias y subfamilias, *La feria* se podría leer como un ejercicio de microhistoria que, en su escritura de caleidoscopio, busca dar cuenta de las diversas épocas y realidades sociales en que se amalgama la vida cotidiana y, por así decir, el “alma regional” de ese microcosmos a la par urbano y rural que es la pequeña ciudad de Zapotlán (“Yo quisiera fundar una república

espiritual para hacer una microhistoria de la región: Colima, Jalisco, Mchoacán” *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, p. 331).³

La columna vertebral de *La feria* es precisamente la feria que año con año se celebra en ese sitio para conmemorar el día de san José, protector de la ciudad, elegido espontáneamente desde los albores de la instauración del culto católico a José de Nazaret y luego, formalizado como santo patrono por el Vaticano al promediar el siglo XIX.

Otras historias que se entrecruzan alrededor de esta relación poética del espacio son la étnica —asociada con la lucha de los indígenas por la tierra—, la civil y política que está trabada con éstas y las diversas “historias de vida” que en primera persona van armando las diversas voces de religiosos, hacendados, ganaderos, campesinos, rentistas, artesanos, beatas, mujeres de la mala vida, niños, sacerdotes, abogados, indios, terratenientes, abogados, zapateros y, por supuesto, desde el pasado, las voces remotas de Cristo, san José, sus otros hijos, los primeros encomenderos españoles..., y aún, como era previsible, el propio autor.

Hábilmente armada y desarmada, la microhistoria registrada por *La feria* presenta un catálogo vivo y en movimiento de formas de hablar, de hablas, dichos y refranes rurales y urbanos que en su movimiento van contándonos la historia de un México profundo e intermedio en sabrosos trozos costumbristas.

Surgen de aquí y allá voces sin nombre que monologan y dialogan fundiendo y fraguando el campanario de esta minuciosa

y graciosa historia colectiva. *La feria* parece escrita como un teatro en miniatura donde comedia y tragedia se dan la mano y se tocan diciéndose entre dientes su rumor aldeano. Una de las historias que da el tono que late bajo la piel visible de Zapotlán es la picaresca de María la Matraca, la vieja rentista y clandestina celestina que aprovecha la mínima ocasión para enriquecerse y que termina haciéndolo definitivamente cuando la zona de tolerancia se traslada hacia las casitas que tiene en arriendo en las afueras del pueblo. Otras historias cruzadas en este espacio narrativo son las del zapatero, improvisado campesino cuyo diario técnico permite al autor hacer un homenaje tácito a los poetas agricultores como Virgilio (no nombrado en el texto) y al poeta provenzal Federico Mistral presente en uno de los epígrafes.

Un erotismo sordo y una reprimida libido estremecen las diversas voces y cuerpos evocados por ellas: virginidades perdidas, violaciones imaginarias o reales, acalladas en cualquier caso, señoritas que se suicidan por no dar a conocer su embarazo, niños perversos, homosexuales de carnaval, lesbianas (“mánfulas” dice el texto), prostitutas pintorescas son el telón de fondo y la materia resbalosa de esta volcánica geografía humana marcada por la hipocresía religiosa, el clasismo, la usura, la codicia y la vergüenza acalladas. Bajo su apariencia amable y festiva *La feria* encubre otro bestiario: el de la virulenta fauna aldeana cuyas corrientes humanas se canibalizan y autodestruyen con gustosa y lenta voluptuosidad.

Teatro de las buenas y las malas costumbres, *La feria* es también una escuela, un espacio de educación e iniciación donde los niños van degustando tabús, prejuicios y prohibiciones que reflejan en la escala par-

¹ “La mejor novela de Sartre es *El aplazamiento*. Es la mejor idea de la simultaneidad. Es un antecedente directo de *La feria*”. Juan José Arreola en *Apuntes de Arreola en Zapotlán* de Vicente Preciado Zacarías, Universidad de Guadalajara / H. Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, Ediciones de la Noche, Guadalajara, 2004, p. 72. *El aplazamiento* (*Le sursis*) o *La prórroga* como también es traducido, es una de las novelas que componen *Los caminos de la libertad* de Jean-Paul Sartre.

² “En la novela *Ciego en gaza*, como en *Contrapunto* los personajes están allí, antes...”

³ Vicente Preciado Zacarías, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, Universidad de Guadalajara / H. Ayuntamiento de Zapotlán El Grande, México, 2004, 533 pp.

Aunque es novela, *La feria* está construida como un poema y como un poema cósmico donde no sólo toman la palabra los hombres sino también Dios mismo.

vularia las jerarquías civiles y eclesiásticas de Zapotlán. Narración polifónica y multánime, simultánea y convergente, *La feria* no podía dejar de ser un espacio apocalíptico en el que se re velan los engranes y pliegues ocultos del edificio social asentado en Zapotlán y que le sirve a Juan José Arreola para reconstruir el encuentro a veces sangriento del antiguo testamento indígena criollo con los evangelios ilusorios de la Revolución y de la modernidad. Al igual que en otras grandes novelas mexicanas —desde *Los de abajo* hasta *La región más transparente* y *Pedro Páramo* pasando por *Al filo del agua*—, el contrapunto entre la guerra civil y la fiesta religiosa, entre la violencia pública y la privada, en *La feria* se verifica un proceso incesante de carnavalización, enmascaramiento y desenmascaramiento. En *La feria* ese proceso se cumple a través de las diversas versiones que de una misma historia refiere la novela (por ejemplo, la historia relacionada con la recuperación de la tierra por parte de los indios que cuentan por supuesto con la oposición de los hacendados y con la resbalosa y ambigua complicidad de las autoridades y de los abogados). Por cierto, los abogados y huizacheros, los tinterillos, los coyotes y los gestores, los notarios y los contadores, los árbitros y los arbitristas, los bachilleres y los sacerdotes representan en la literatura mexicana una categoría semiculta pero decisiva para comprender el flujo de crecimiento y esclerosis que, a través del conocimiento, afecta al campo social mexicano.

Literalmente situada al pie de un volcán, el de Colima, Zapotlán es una sociedad construida sobre una falla geológica (cita) y en ese sentido es predestinadamente

inestable. Los sismos sacuden de tiempo en tiempo a Zapotlán y de hecho el temblor —habría que decir los temblores pues fueron en realidad tres— es uno de los nudos episódicos claves de *La feria*, el de la “confesión general” (fragmento 135) donde una sola voz se confiesa de todos los pecados del pueblo que cree enfrentar en un ensayo general del juicio final.

Por la puerta de entrada de este tema desembocan varias de las historias que como afluentes alimentan el cauce principal de *La feria*. En las páginas dedicadas a describir e interrogar este fenómeno natural y sus consecuencias cívicas y sociales en la comunidad de Zapotlán afloran no pocos de los temas “prohibidos” o socialmente inconvenientes. Es natural. En la medida en que el temblor prefigura una anticipación del Juicio Final y en consecuencia del Apocalipsis, la temática bíblica de Sodoma y Gomorra tiene una oportunidad privilegiada para salir a la luz pueblerina. Dos trozos narrativos de corte apocalíptico y de indudable maestría lírica y narrativa —el 129 (“¿Quién empuja la puerta?”) y el 135 (“Me acuso, Padre, de todo”)— son como el corazón de la nuez fabulosa e histórica que encierra *La feria*. Bajo el signo del temblor, bajo el volcán al pie incandescente del cráter vuelven a caer las máscaras e irrumpen en la novela los homosexuales y las lesbianas, la promiscuidad y la prostitución. Pero el buen narrador se las arregla para que todos estos personajes y sus actitudes figuren y comparezcan con ese aire de inocencia e ingenuidad que por lo demás recorre a todos los personajes de esta novela donde aun los más pérfidos y malvados parecen buenos y comparecen con un aire de irresistible inge-

nuidad que deja al lector —y al autor— sin saber muy bien qué hacer con ellos.

El “primer borrador de *La feria* es del 27 de enero de 1954. Tenía como epígrafe *nous sommes la piétaille*, un verso de Charles Péguy que aparece en el poema “Presentation de la Beauce à Notre Dame des Chartres”, según afirma el propio Arreola quien traduce “Nosotros somos los de a pie; los de a pie son toda la gente humilde de Zapotlán que no tenía caballo, berlina o automóvil”. Y *piétaille* advierte el diccionario *Le Robert* (1972) es “la infantería, los subalternos, los peatones”. Ése “primer borrador” de *La feria* se alojaba en un “Manuscrito en una libreta de cuentas con pastas duras (15 x 10 cms.) en tinta negra a dos páginas”. “Acabo de venderla en cien pesos. Van a regalarla como obsequio de aniversario. No pude negarme”. La obra fue “vendida como un acto de lealtad por un amigo”, dice Vicente Preciado Zacarías, el autor de *Apuntes de Arreola en Zapotlán* donde el autor hace estas declaraciones, sin aclarar a quién se le vendió, ni por qué se trataba de un “acto de lealtad”. En el manuscrito de la primera *Feria* —aclara Arreola a Preciado Zacarías— “los personajes tienen nombres de individuos de la vida real en Zapotlán”. Por ejemplo: “La imagen de Juan Tepano en *La feria* (fragmento 35) es la de don Felipe Arreola, mi padre”, dice el escritor a su amigo Vicente Preciado Zacarías (p. 81).⁴ Otro personaje calcado de la realidad histórica es “doña Belén de Azcárraga”, una feminista española de la que se enamoró López Velarde (...). Es la Alejandrina de

⁴ Vicente Preciado Zacarías, *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, pp. 165-166 y 242-243.

La feria “(...) que vende versos y cremas de belleza” (*Apuntes de Arreola en Zapotlán*, p. 321 y 334).

Por otra parte, no es de ningún modo una casualidad que el epígrafe de esa primera novela sea de Charles Péguy —poeta católico— y de un poema dedicado a la región agrícola campesina de La Beauce muy cerca de donde, por cierto y casualmente se escriben estas líneas. Cualquiera que haya estado en Francia durante la canícula sabe que en La Beauce hace un calor húmedo muy parecido al que puede haber en Zapotlán.

Con ánimo arqueológico, copio y transcribo esas páginas salvadas de la (primera) *Feria* por el inapreciable Vicente Preciado Zacarías:

Somos treinta mil. Hace doscientos años que hicimos una promesa, y desde entonces la estamos cumpliendo. Ahora sabe Dios cómo le vamos a hacer, porque se nos murió el mayordomo. Nosotros cambiamos de cura, nacemos y morimos, pero el que nos agarró la palabra, siempre es él mismo. Allí está desde entonces en su altar, vestido de verde y amarillo, y en la mano tiene una vara de azucenas.

Cada año hay un hombre entre nosotros que se encarga de cumplir esa palabra que dimos, y ese hombre es el mayordomo, ese que ahora se murió. Señor san José debió conservarle la vida y llevárselo después de octubre, una vez que hubiera cumplido con nosotros y con él.

Ésta iba a ser la primera vez que iba a hacer algo bueno, Dios le tome en cuenta la intención. Se murió de golpe y sin confesarse, dicen que fue un ataque al corazón. A lo mejor se murió de puro miedo de dar. Porque él estaba acostumbrado nomás a prestar, sobre hipoteca o prenda o lo que fuera con tal que fuera una buena firma de responsiva. Estaba loco por prestar, y en los últimos tres años prestó todo lo que tenía. Los negocios chicos los dejaba en manos de otros, los que prestaban al menudeo por cuenta suya, pero siendo que era su mismo dinero y ya no podía hacer las cuentas. Él ganaba con el calendario. No había un solo día que no tuviera su vencimiento, grande o chico, y los réditos de los réditos se le venían encima aunque él no quisiera. Dicen que medio Zapotlán

era suyo, y cada año no hallaba que hacer con tanto maíz y tanto frijol.

Ahora nos damos cuenta de que nos echamos un compromiso muy pesado, nosotros los del pueblo, nosotros los de a pie.

Porque esto de entrarle a la rifa de ser mayordomo, sólo pueden hacerlo los ricos. Y ellos pueden hacer lo que quieren y lo hacen como quieren. La feria de octubre siempre depende de las ganas que ellos tengan de gastar.

Cada año, los mayordomos se quejan de que los gastos son muy pesados. Cada año los viejos del pueblo se entristecen porque la fiesta se va para abajo, y se acuerdan de que el año tal y tal los cuetes no dejaron de tronar desde el día doce hasta el veinticuatro y que hubo ponche y toro de once para todos los que querían, y un castillo que se revistió siete veces. Ellos tienen el temor de que esto

se acabe, pero no se acabará mientras quede en Zapotlán una piedra y un adobe sobre otro. Porque esto de la feria comenzó como un asunto de piedras y encima cuando la tierra se puso a temblar día y noche, *hace más de doscientos años*,⁵ como si *el mundo se fuera a acabar*.

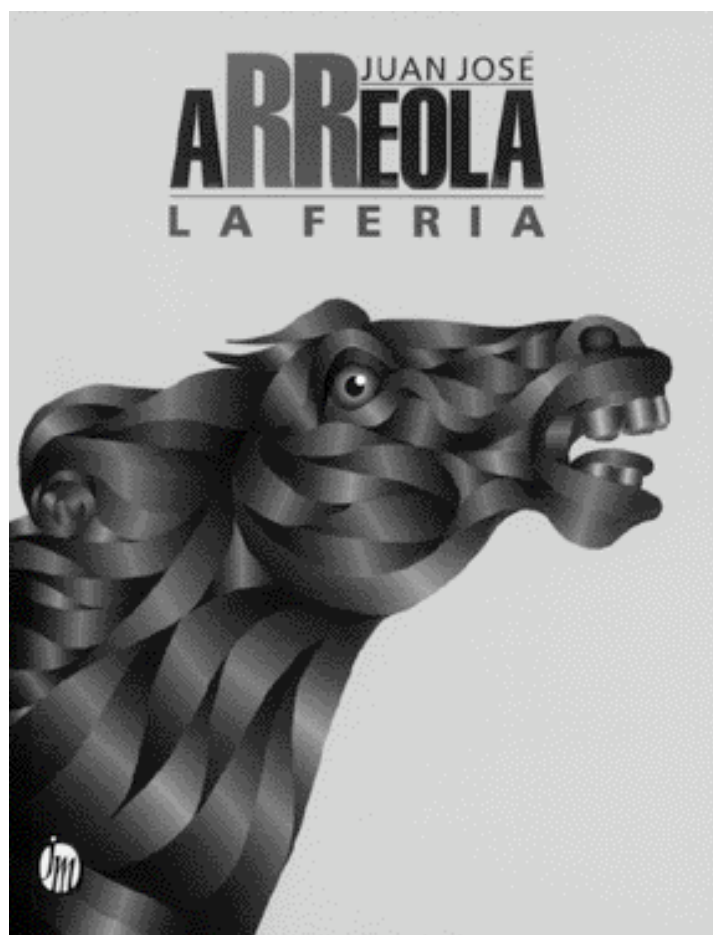
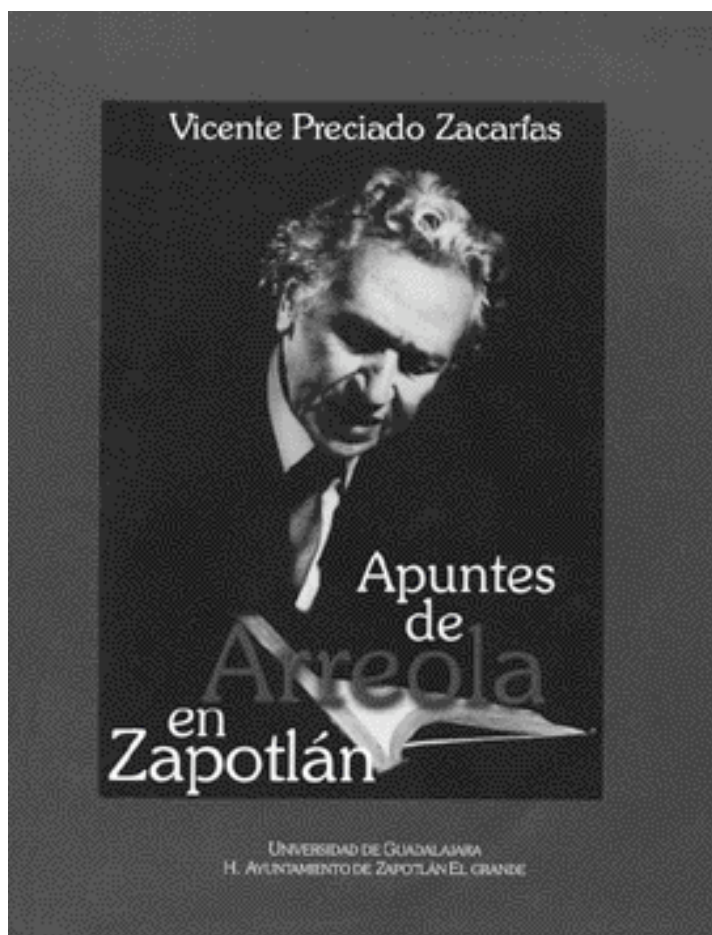
Los vecinos principales se juntaron y un solemne juramento se hizo en la parroquia a nombre de todos nosotros, los hijos de los hijos y los nietos de los nietos...

Dicen que el pueblo se acabó y que la gente andaba desparramada por las faldas del cerro, durmiendo en chozas de tejamanil y colgando las ollas de la comida en las ramas de los árboles, porque ni a quién se le ocurriera hacer fogones.

⁵ Cursivas de la transcripción de Vicente Preciado Zacarías y Juan José Arreola.



Juan José Arreola



Señor san José ya era el patrón de este pueblo, pero su fiesta... (*Apuntes de Arreola en Zapotlán*, pp. 242-243).

Obsérvese que del primer borrador de *La feria* de 1954 a la versión de 1963 —publicada nueve años después— sólo sobrevivió la primera línea y aun ella modificada: “Somos más o menos treinta mil”. En el actual 2006, Zapotlán tiene setenta y cuatro mil sesenta y ocho habitantes según el INEGI. La historia contada en el texto transcrito es básicamente la misma que refiere *La feria* que conocemos, pero lo que en el manuscrito de 1954 eran unas cuantas líneas se ensancha y alarga en el texto actual. (“El tiempo está enfermo. Hace un clima húmedo, pesado, bochornoso. Se siente en el cuerpo la inminencia de la tempestad. Graniza repentinamente y al pronto deja de hacerlo.”)

Aunque es novela, *La feria* está construida como un poema y como un poema cósmico donde no sólo toman la palabra los hombres sino también Dios mismo. Así lo muestra al final del texto, en el penúltimo fragmento (número 258) la siguiente declaración donde san José o Dios mismo se diri-

gen al narrador y le dicen: “Y tú, ya vete a dormir, contador impuntual y fraudulento. Pero, como tu castillo de mentiras sostiene una sola verdad, yo te consiento, absuelvo y perdono. *Y como creíste te sea hecho*”.

Esta última frase proviene del cuento *El centauro de Cafarnaum* del escritor Ernst Wechert. El poder para suscitar resonancias que tienen los textos de Juan José Arreola proviene en parte de su voracidad intelectual. Tiene *La feria* un punto final pero hubiese podido continuar con su tren de anécdotas, chascarrillos, historias y ocurrencias. Arreola mismo cuenta algunos en *Apuntes*.

En *La feria*, Juan José Arreola ensaya uno de los sueños de la literatura contemporánea: dar voz a la multitud, retratarla y darle una personalidad; intenta y da realidad a “la caracterización de la comparsa”, como dice en su texto sobre José G. Posada.

Si al leer el *Quijote* con oído afinado se oye el paso cansino de un caballo fatigado y el trotecillo travieso de un borrico, como señala Juan José Arreola,⁶ en la obra de éste,

⁶ Vicente Preciado Zacarías, *op. cit.*, p. 475.

en particular en algunos cuentos de *Confabulario* se escucha o bien el grito burlón del ave rapaz que aletea sobre su presa antes de devorarla o bien el reptar lento y astuto de la serpiente —como en “El guardaguas”. En cambio, en *La feria* se oye el rumor de los pasos de la multitud que se arremolina alrededor de una plaza, el jadeo detenido de una muchedumbre que se asoma al pozo del tiempo, se sorprende de su apariencia y por un momento contiene la respiración. *La feria* está construida y contada desde ese momento.

La abrumadora memoria de Juan José Arreola hace de su novela, más allá de su innegable eficacia, un sutil juego de erudición y de tácitos homenajes como el que confiesa cuando dice: *La feria* está llena de homenajes, “De Adonais tomé el verso y pues llegas, lucero de la tarde, tu trono alado ocupa entre nosotros”. Es el final del rollo de *Alejandrina*—la poetisa que vende versos y cremas de belleza— en *La feria*. “Es el personaje aquel cuando el narrador (que soy) vuelve al hotel y Alejandrina ya se ha marchado y sólo le deja un recadito” (*Apuntes de Arreola en Zapotlán*, p. 334). ▣